

## **VICTORIA: EDUCAR CON LA VIDA**

*Carmen Fernández Aguinaco*

---

*Conferencia de apertura del año Centenario de la beata Victoria Díez*

Córdoba, 10 de octubre de 2003

Hace diez años, con motivo de la beatificación de Victoria, tuve ocasión de visitar el colegio público de Sevilla que lleva su nombre. Me habían advertido que, por ser de un barrio marginal con mucho conflicto social, los niños probablemente no me prestarían mayor atención, y que la visita podría ser un fracaso. La sorpresa fue que los chavales (de entre 10 y 13 años) nos dieron varias lecciones a los mayores. Primero, cuando les pregunté si pensaban si Victoria habría sido misionera por fin, me contestaron que por supuesto había sido misionera, porque había hecho más por los niños de Hornachuelos que lo que podría haber hecho en China!. Luego se preguntaban si no se le iba a hacer un monumento a Victoria Díez. Les dije entonces, que el monumento vivo serían ellos mismos si de verdad llegaban a ser todo lo que podían ser y se esforzaban por alcanzar todos sus objetivos. Se pusieron muy contentos y pidieron permiso para interrumpir la conversación que llevábamos sobre Victoria Díez para bailar unas sevillanas para celebrarlo.

Es una anécdota graciosa, pero que al mismo tiempo pone de manifiesto bastante de lo que vamos a hablar hoy. Volveré sobre ello, porque son las pequeñas historias las que nos llevan a las grandes narrativas.

Hace pocos años se puso muy de moda la teoría de las inteligencias múltiples, de Howard Gardner. En su nuevo libro, *The Disciplined Mind* dice que "una educación para todos los seres humanos debe explorar en cierta profundidad la serie de logros humanos que se encierran en la venerable frase: lo verdadero, lo bueno, y lo bello." Seguramente no hacía falta que esto lo recordara Gardner, pero está en lo cierto. El maestro tiene que inculcar la verdad, el bien, la belleza. Eso es en realidad lo que diferencia a un simple instructor de un educador, o un simple transmisor de conocimientos de un "constructor de personas."

Es lo que diferencia una educación de escuela de una educación de la vida. Se educa desde la vida; dentro y fuera de la escuela.

Dice San Pedro Poveda hablando de la diferencia entre la instrucción y la educación: "Cualquiera, aún sin vocación, puede instruir, siendo instruido o valiéndose de libros. ...Una generación educada, hace grande a un pueblo y a una nación, mas instruida, pero no educada, podrá ser fácilmente la ruina de una raza."

Naturalmente, esto va mucho más allá de la simple palabra, método pedagógico, o estrategia. Abarca a toda la persona. Verdad, belleza y bien son como una Trinidad. No se pueden separar, aunque sean distintas. El bien no es bien si no es verdad, y la belleza no sería tal si no fuera verdadera y buena.

La tríada clásica —bien, verdad, belleza— suena muy bien, y resulta tentador aceptarla sin más reflexión, y también sin ningún cuestionamiento. El hecho, sin embargo, es que suscita muchas preguntas.

¿No parece acaso iluso e ingenuo proponer verdad, bien y belleza en un mundo en el que estamos a menudo rodeados de mentira, maldad, violencia, y zafiedad? Podemos ir desde las guerras a la violencia doméstica, o a la violencia de los campos de fútbol, pasando por el Gran Hermano y llegar a las revistas rosas. Una mirada a lo que está ocurriendo en el mundo hoy día, una lectura, aunque sea superficial, de las noticias y de las corrientes sociales, podría llevarnos al desánimo y al pesimismo más profundos. Alguien me dijo recientemente: lo que todo esto produce es frustración, desánimo, impotencia, rabia. Nada más lejos de la belleza,

\* Otra pregunta podría ser ¿Cómo se puede transmitir algo tan impalpable como la verdad, la belleza o el bien?

\* Y por fin en el relativismo tan tremendo en que vivimos, donde dar una opinión un poco tajante podría sonar políticamente incorrecto, y donde todo vale, todo se justifica, ¿qué es la verdad, quién decide lo que es el bien y quién es árbitro de la belleza? ¿quién decide? ¿A quién le pertenece el maestro? Esta es una pregunta que ya se hacía Pedro Poveda. Porque la escuela será de quien sea el maestro.

Dice, Gardner también, que los dos mayores objetivos de la educación en todo tiempo y lugar son: dar un modelo y ejemplo de las funciones y papeles de los adultos, y la transmisión de valores culturales. Y esto, ciertamente nos podría llevar aún a más preguntas. ¿Quién domina en el pensamiento? ¿qué modelos reales tenemos? ¿dónde se confunden las líneas de lo que es un adulto y un niño dada la influencia de los medios de comunicación universalizados y al alcance de todas las edades? ¿De quién son realmente los medios de comunicación que influyen enormemente en las ideas de modo global? ¿Quién decide cuáles son los valores verdaderos que esta cultura, o la otra, desean transmitir en una sociedad en la que están abocadas a convivir culturas muy diversas? Todo esto, en nuestro mundo y en nuestro momento. Y, aunque nos demos respuestas provisionales —o relativizadas y pasadas por nuestro propio prisma— las preguntas siguen ahí.

Necesitamos, por tanto, encontrar respuestas capaces de superar las barreras de culturas y tiempos y ser aplicables a todos. Respuestas que nos sirvan para todo momento, porque van a la esencia de las cosas.

Las preguntas, por ejemplo podrían ser las mismas o parecidas en el mundo y el tiempo de Victoria Díez. También ahí tenían que convivir culturas distintas (aunque quizá de manera distinta a la de ahora) y también allí convivían formas de violencia, mentira, y fealdad.

En las primeras décadas del siglo XX, nos lo han recordado en numerosas ocasiones los historiadores y estudiosos de ese momento, la batalla de ideas y por el poder se libraba en la escuela. Las tensiones políticas eran, si no más feroces, quizá más abiertas y evidentes que ahora. Quien ganara la escuela tendría el poder de imponer valores y el sentido de lo que se consideraba verdad, bien, y belleza.

Y el problema, de nuevo, sería decidir dónde estaba la verdad, qué era el bien, y qué cánones de belleza se podrían establecer. Lo que sí es cierto es que nadie puede imponer o transmitir verdad, bien y belleza por la fuerza, por coerción, miedo, ni por simple educación de ideas. Lo único que tiene fuerza suficiente como para transmitir verdad, fuerza y belleza es el ejemplo de vida, la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace. Es decir el medio es verdaderamente el mensaje, como diría McLuhan, aunque él lo aplique literalmente a los medios de comunicación. O, más bien, diríamos

aquí que el medio asume de tal manera el mensaje, se identifica de tal manera con el mensaje, que acaba transmitiéndolo en todas sus acciones y manifestaciones. Un mensaje de verdad, belleza y bien tiene una fuerza tal, que sobrepasa la propia realidad y limitaciones del medio.

A un observador superficial, la realidad de Victoria le podría parecer bastante conducente al pesimismo. "¿Dónde está la belleza y el bien de una vida como la de Victoria?

Una joven de familia modesta, de salud precaria, de padres absorbentes y también de mala salud. Se resiste a ser maestra. Piensa que tiene una vocación distinta; llega a un pueblo primero Cheles y luego Hornachuelos, (en aquel tiempo) casi remoto, con gran índice de pobreza, analfabetismo, exclusión, deserción escolar, desempleo, etc. Con una casa casi en ruinas, y una escuela sin medios suficientes...un ambiente hostil al menos en un principio que es ella misma la que tiene que ir transformando. Y acaba su vida, joven, de manera violenta. A primera vista, todo un fracaso.

Y sin embargo, los niños de Sevilla, como tantas otras personas después de su muerte, entendieron el mensaje y el medio. Y fueron capaces incluso de aplicarlo a su propia vida. En un mundo de aparente violencia, conflicto social, mentira, y fealdad, esos niños habían llegado a comprender la verdad del alcance de la vida de Victoria y su acción "con aquellos chiquillos de Hornachuelos", son capaces de ver el bien del "monumento vivo", y son capaces de una celebración de belleza, fiesta y placer. Y es que la verdad, la belleza y el bien parecen ser mucho más profundos que la apariencia de todos sus contrarios.

Como los niños de Sevilla, Victoria era capaz de llegar hasta esa profundidad. Cuando Victoria dice: "¡Qué bueno es Dios que nos da todo lo que necesitamos!" alguien podría sentir la necesidad de reírse. ¿Lo que necesitamos? ¿Era todo eso lo que necesitaba Victoria?

Un observador superficial podría decir que esto es "polianismo", por usar la expresión inglesa. Es decir, un negar la realidad, empeñarse en ver la vida con un cristal color de rosa que impide ver la realidad dura y cruda.

Beatrice Butreau, una autora americana, tiene un libro que se titula Optimismo Radical. No habla de un optimismo incurable, insano, loco, o ingenuo, desarraigado de la realidad. De lo que habla es de un optimismo de raíz, es decir, del optimismo contemplativo que va al fondo de las cosas y de sus profundas verdades. La más profunda verdad es la unión con Dios....En palabras de Victoria, "tener a Cristo en primera fila", lo cual hace que todo lo demás quede filtrado e interpretado por la verdad, la belleza y el bien que es Cristo mismo.

Pero Victoria no construye su mirada contemplativa solamente desde sí misma, o desde sus propias circunstancias solamente, aunque habría muchas anécdotas anteriores a su pertenencia en la Institución Teresiana que ya denotan ese optimismo radical.

Cuando busca, por ejemplo, lo que ella cree ser su verdadera vocación de misionera, y se encuentra con la oposición de sus padres quisiera ver un lugar en el que, sin dejar el mundo pudiera dedicarse totalmente a Dios. Cuando no sabe que tal grupo existe, piensa con sus amigas, según testimonio de Pastora Liñán, en crearlo. (Si no hay camino, se busca; se acepta lo que se tiene con una profunda fe...)

Pero en el momento en que se encuentra el camino que tanto deseaba, cuando se encuentra con la Institución Teresiana, y se hace al fin maestra, el mensaje con el que comienza a identificarse es el de San Pedro Poveda a los miembros de su incipiente organización. Estas palabras quizá encierren mejor que ninguna otra esos valores culturales trasladables a toda cultura. Y esto es lo que dice Poveda sobre esas maestras:

*"En su crucifijo juntan ellas lo intelectual con lo ético y lo estético...Y así dan razón de su felicidad." "La mirada al Crucifijo es relevante medio pedagógico para el fin que persiguen nuestros centros."*

Pero, a primera vista, el Crucifijo a primera vista es el triunfo de la mentira, la maldad, y el horror y la vergüenza: ante quien se vuelve el rostro. Ciertamente, no una razón evidente para la felicidad.

¿Qué es la felicidad?.

En un reportaje de uno de los últimos números de la revista *Crítica*, dedicado a la felicidad, se cita a uno joven que dice que la felicidad es hacer lo que se quiera. O querer lo que se hace. Pregunta el mismo muchacho ¿Pero es que hay alguna diferencia? No para Poveda, y no para Victoria. La felicidad Es la sabiduría de saber mirar y descubrir. la verdad, al bien, y a la belleza. Es decir, Victoria mira de tal manera al crucifijo, y quiere lo que hace de tal manera, que se convierte en mensaje ella misma. Lo dice en una oración a San Francisco Javier compuesta por ella misma: "viva yo de tal suerte que mi vida irreprochable sirva de perpetua exhortación a todos..."

En los consejos que da Poveda a las profesoras y alumnas de las primeras residencias teresianas dice:

*"El ejemplo vuestro será la asignatura que mejor aprenderán vuestras alumnas. Si sois como debéis ser, vuestras discípulas serán como vosotras deseáis que sean."*

Querer lo que se hace no es aceptar la vida con resignación, como viene, sino quererla y ver en ella la belleza, la verdad y el bien; es el optimismo radical de quien sabe lo verdaderamente importante. Es, en cierto modo, conocer la propia vocación y amarla. Por eso, cuando Victoria hace esa exclamación: "¡Qué bueno es Dios, que nos da lo que necesitamos! No está siendo incurablemente optimista, sino radicalmente optimista: acaba de descubrir el lugar en el que puede ser feliz, porque puede hacer lo que tanto quería, y querer aún más lo que se había visto de alguna manera obligada a ser.

Lo había dicho Pedro Poveda:

*"Cualquiera que conozca un tanto la historia de la pedagogía, y que haya fijado su atención en los frutos benéficos que produjeron sus hombres más notables, y estudie las causas generadoras de tantos beneficios, habrá de reconocer que no fueron ni la escuela, ni el método, ni el mensaje, ni otro factor cualquiera...La causa fue, es y será siempre la vocación de aquellos grandes pedagogos, la vocación de los que hoy profesan amor a la enseñanza y la vocación que tendrán los sucesores. Lo que brilló, brilla, y brillará siempre en estas empresas es la vocación. Dadme una vocación y yo os devolveré una escuela, un método y una pedagogía."*

Dice Pura Hernández sobre la vocación de Victoria (y la suya propia): "Todo el día hablando de os mismo. ¡La escuela! ¡Nuestro comportamiento en el nuevo régimen! (Tenía su despacho y la escuela llena de trabajos; parecía mentira que pudiera multiplicarse tanto).

Todo esto no es ser poliana. Lo había dicho Poveda: "Toda la virtud y la cultura del profesional se estrella contra las dificultades que unos y otros le crean, contra la falta de medios de que dispone, contra la carencia de plan, de libros, de material, local, recursos..."

Se trata, más bien, de la fe y la abnegación heroica de la que también les había hablado Poveda: "La doctrina de Cristo, profesada con fe viva y practicada con abnegación heroica, luce, brilla, y se impone con fuerza irresistible."

Victoria se lo dice en algún momento a Jesús Fernández Montserrat, su colega en la escuela de niños:

*"Hay que vivir de realidades, y si esa realidad es dura, áspera, perfumémosla con el sacrificio, que eso es de más fundamento que soñar, y si alguna vez soñamos, sea con lo que no tiene término, con lo que es capaz de llenar nuestro corazón, porque un día, a lo mejor no muy lejano, tenemos la certeza de llegar a la consumación de ese ideal..."*

Es decir lo verdadero, lo bueno, y lo bello. Con eso se puede soñar, viviendo de realidades.

Se podrían contar muchas anécdotas de la vida de Victoria en las que, como educadora formada en la escuela de Poveda, brillan la verdad, el bien y la belleza. O lo que es lo mismo, brilla la vocación. Anécdotas que nos llevan, por supuesto a la gran narrativa del mensaje. Todos los testigos—e incluso ella misma en algún momento—nos hablan de su profesionalidad. La transmisión de contenidos (con medios o sin medios...el mapa pintado en la pared, los libros y materiales conseguidos en Sevilla, los fondos recaudados para conseguir materiales, la instalación eléctrica que consigue para poder poner cine, su seguimiento fiel de los nuevos métodos pedagógicos) es admirable.

En las visitas de inspección, en las que al final se la felicita por sus éxitos, ella dice: me alegré, no tanto por mí como por la institución. Dice Jesús Fernández Montserrat de ella: "Su puntualidad era proverbial; preparaba concienzudamente las lecciones, cosas que en aquellos tiempos pocos hacían. Conocía individualmente el carácter y circunstancias de cada una de sus niñas: en una palabra, vivía como nadie la responsabilidad de su magisterio. Era maestra, dentro y fuera de la escuela. Era maestra de chicos y grandes."

Victoria misma es totalmente consciente de la necesidad de demostrar en la práctica que era posible ser profesional y cristiana. Comenta en algún momento: "No me faltan críticas; pero cuando ven que cumplo, se callan..." Es precisamente lo que Pedro Poveda había pedido a sus maestras: demostrar que la fe y la cultura y la buena preparación no están reñidas.

Verdad-belleza-bien, están tan totalmente integradas que se puede decir que hace el bien cuando proclama la verdad, y ahí está la belleza del modelo de vida. Otras veces tiene que utilizar el bien o la belleza para llegar a la verdad. Como en Cheles, cuando consiguió tener entrada con las jóvenes pidiéndoles que le ayudaran a reparar las banderas. Una obra de arte para hablarles de la verdad y del bien.

“Hay pocas escuelas en nuestra provincia tan alegres y bonitas como la que sirvió de teatro de acción a la labor admirable de la incansable Victoria”, dice Araceli Torres Molina, prima del párroco de Hornachuelos y amiga de Victoria.

Los elementos básicos de la enseñanza son cualidades que habitan en nosotros, incluso cuando no las reconocemos como tales. No se pueden enseñar (en clases teóricas) pero son ingredientes de nuestra propia humanidad. Por lo tanto los elementos principales de la enseñanza son modos de transmitir ciertas cualidades deseables del carácter humano, así como conocimientos, a los alumnos. (Banner: The Elements of Teaching)

Esos elementos o cualidades que señala Banner son: **autoridad**, entendiendo esto como preparación, conocimiento de la asignatura, conducta, reconocimiento de diferencias, conocimientos adquiridos y acumulados. **Ética**, como ponerse en el lugar de los estudiantes, conocerlos; no hacer daño mediante el abuso de la autoridad, atender al bienestar de los estudiantes, marcar estándares altos, y enseñar **ética imaginación; compasión; placer**.

Inmediatamente vemos el reflejo de todo esto en Victoria, (cumplimiento de sus obligaciones, arte, búsqueda de caminos creatividad, exposiciones de arte, la estufilla, los vestidos, la comida, las clases de alfabetización, el ayudar a unos y otros). El sentido del humor.

Una breve nota sobre Victoria Díez de A. Fernández Rodríguez, en Santas y Heroínas, de la Editorial Magisterio Español, (no tengo fecha, pero está citada en la petición de los habitantes de Hornachuelos para que no se cambie el nombre de la escuela resume muy bien la labor de Victoria: “Victoria es en Hornachuelos una maestra de cuerpo entero. Entregada en alma y cuerpo a la escuela, la hace pronto semillero de virtudes y antorcha de fe...Activa e incansable, cuanto hace, lo hace bien: escritura clara y perfecta, labores limpias y de exquisito gusto, libros cuidados. Distribuye numerosas limosnas en secreto. Siente la caridad y la comunica. Es la madre de sus alumnas, la amiga de las jóvenes, la confidente de las madres, el estímulo de sus compañeros de profesión.”

Pero todas esas cualidades coinciden casi perfectamente con las que señala Poveda para las maestras de la Institución. Hay muchas otras anécdotas en las que se puede ver cómo Victoria era modelo de las características que Pedro Poveda había pedido para sus seguidoras; de cómo Victoria era una más de las muchas grandes maestras que Poveda había “sembrado” por toda la geografía española. Yo esto lo sé muy bien porque soy antigua alumna del Grupo Escolar Padre Poveda, donde un grupo de mujeres formadas en esta escuela daban ejemplo de todas estas cosas, tan fielmente como lo que veo en Victoria.

Comentando la pedagogía de Pedro Poveda, dice Ángeles Galino:

*“ ... (una buena educación) es la aceptación de todo lo concreto que comporta cada persona, como un proceso entrañado en la realidad viva del individuo. La educación cristiana, así entendida, es un verdadero proceso de salvaguarda de los valores humanos, de los corporales como de los espirituales, de los afectivos como de los intelectuales.”* (Itinerario, p. 60)

A las maestras de la Institución Teresiana, Pedro Poveda les pide las mismas cosas: Bondad, amor, vida de familia, expansión, alegría, orden, ejemplo de vida.

Una de las citas más interesantes y que parece reflejar palabra por palabra la vida de Victoria se refiere al bien. Pedro Poveda cita a LaBruyere:

*"Es bueno el que hace bien a los demás; si sufre a causa del bien que hace, es muy bueno; si sufre a causa de aquél a quien ha hecho bien, tiene una bondad tan grande que no puede aumentarse más...si muere a consecuencia de esa bondad, su virtud no puede ir más lejos."*

No puede ir más lejos en el sentido de aumentar. No puede ser más grande. Pero sí puede llegar muy lejos. Eso lo saben los niños de Sevilla, y lo saben en Brasil quienes participan en el proyecto de Promoción Social, y lo saben en Kinshasa y el Venezuela, y en Chicago, y en tantos y tantos lugares a donde ha llegado el mensaje por medio de la vida de Victoria.

Por eso, aunque toda su vida es maestra para nosotros, una de las lecciones más importantes de Victoria es la de su muerte. Sus últimas horas constituyen una demostración de coherencia entre lo que había vivido, creído y transmitido, y su manera de morir. Fue su incapacidad de negarse a sí misma, de negar su verdad y su bien más profundo, su centramiento en el Cristo vivo que había pedido Poveda para los miembros de la Institución lo que constituyó su lección más importante. La manera en que animaba a los demás, su vislumbrar la belleza última y definitiva ("Veo el cielo abierto") resumió su mejor lección, la totalmente centrada en la Verdad, el Bien y la Belleza.

En 1980, más de 200 personas, vecinos de Hornachuelos elevaron una petición al Ayuntamiento para que no se cambiara el nombre de la escuela. En tres breves párrafos resumen admirablemente lo que entendieron tan bien los niños de Sevilla: Victoria fue maestra cumpliendo perfectamente reflejando a la perfección lo que se nos dice de los educadores: deben transmitir la verdad, el bien, la belleza. Dicen así los vecinos de Hornachuelos:

*"Las vidas ejemplares no pueden ni deben perderse en el olvido..."*

*Sus compañeros, alumnas y amigos, damos testimonio de lo que fue su vida; una entrega constante a la escuela. Victoria era maestra de cuerpo entero, enseñó y trabajó en las inteligencias, consiguió destruir la ignorancia, puso para conseguirlo todo su arte y maestría que eran bastantes; para la escuela consiguió la dignificación y la estima. Se esforzó para levantarla y hacerla más digna, más atractiva, para que fuera centro y blanco de los vecinos del pueblo; consiguió un nuevo y amplio local al que dotó de cuanto era necesario para hacer atrayente y práctico el trabajo. Tanto consiguió, a tal altura llegó a ponerla, elevó de tal modo su concepto, que el pueblo perdió otro género de popularidad menos digna, con que era distinguido, y vino a ser conocido y calificado por sus buenas escuelas.*

*Preparaba sus clases, estudiaba, y sobre todo, leía el libro real de la psicología viva de sus educandas, fue la madre de aquellas jóvenes, la confidente de muchas madres, el estímulo de los compañeros de profesión, tenía vocación, arte, entusiasmo, amor y conciencia, una inteligencia clara y una voluntad emprendedora; fue la maestra ideal, una maestra de cuerpo entero."*

Por eso el fin del mundo de Victoria se convierte de verdad en el fin del mundo.

¿No le van a hacer un monumento a esa muhe? Ya hay muchos monumentos a Victoria. Son los monumentos vivos de quienes se van convirtiendo a su vez en medios y mensajes y enseñan y siguen enseñando la verdad, el bien, y la belleza, con sus propias vidas.

Como decíamos antes, Victoria era una de las muchas mujeres que se habían identificado de tal manera con el mensaje de verdad, bien y belleza, que se habían convertido en medio y mensaje al mismo tiempo. La vida y las lecciones de Victoria, por tanto, son nuestra vida y nuestras lecciones. Comenzamos ahora el Centenario del nacimiento de Victoria. La celebramos a ella, y nos celebramos a nosotros mismos. La celebramos, y aprendemos sus lecciones. Ojalá que nos convirtamos en el mensaje.